

LA VIDA COTIDIANA EN EL RECINTO HISTÓRICO CORDOBÉS DURANTE LA MODERNIDAD

RAFAEL VÁZQUEZ LESMES
ACADÉMICO NUMERARIO

“Está situada esta ciudad en lo mejor de nuestra España: tiene por lecho, o cama, una campiña rica de todo quanto el cielo cubre, y la tierra tributa para el regalo de los vivientes: y por almohada la parte más rica de la gran Sierramorena, amenísima de árboles frutales, yerbas de mucha virtud para recuperar la salud, y otras aromáticas para el recreo de los sentidos. Sus aguas son dulces, delgadas y claras, por pasar sus corrientes por minerales de oro y plata. Sus ayres tan sanos y suaves, que avivan los espíritus vitales, purificando a los más encogidos con prudencia notable...”. Así se expresaba describiendo nuestra ciudad, Martín de Córdoba en su libro *Córdoba, castigada con piedades en el contagio que padeció los años de 49 y 50*.

Así y, obviamente, con ojos de sempiterno enamorado de su tierra, imaginaba este cordobés las potencialidades físicas y anímicas de la capital de su reino en los umbrales divisorios de la centuria del XVII. Las realidades no corrían parejas a este tipo de idealizaciones. Cosme de Médicis, en su visita a nuestra capital por esos tiempos, encuentra una ciudad con más de cuatro mil casas, con su recinto amurallado accesible únicamente por las trece puertas –Sevilla, Almodóvar, Gallejos, Osario, Rincón, Colodro, Excusada, Plasencia, Andújar, Baeza, Martos, Nueva y Puente– que, de trecho en trecho, servían de vía de penetración para sus habitantes en sus quehaceres cotidianos en los campos inmediatos y para el visitante, que se acercaba a la gran urbe con el humilde propósito de vender sus mercancías o con la curiosidad puesta de manifiesto en las pupilas de sus ojos.

El viajero se va a encontrar con una ciudad de trazado urbano un tanto laberíntico, fruto de la herencia medieval, conformado por angostas calles, escasos espacios abiertos y callejas sin salida –las renombradas barreras–, de calzadas mal empedradas, convertidas en barrizales en tiempos de lluvia, en donde la suciedad de los desagües ponían una nota más en la falta de adecentamiento general, aunque ya el cabildo municipal inicia por estas fechas obras encaminadas a la ampliación de sus calles, según nos cuenta Aranda Doncel.

Esas cuatro mil casas eran habitadas por unos diez mil vecinos, de acuerdo con la apreciación de Fortea, a finales de la centuria del XVI, pertenecientes a los diferentes estamentos integradores de la sociedad de Antiguo Régimen. Una población, regida por un cabildo municipal con la "mitad de oficios", que se concentra en la Villa y se desparrama por la Axerquía. Unos hombres que van a desarrollar su actividad cotidiana a lo largo y ancho de sus calles y plazas en donde se asientan sus venerables monumentos, de cuya presencia se van a mostrar ajenos, pero respetuosos, a no ser por la simbología representativa de los organismos y entidades que en ellos se albergan. También estos se van a evidenciar un tanto al socaire de lo que ocurre diariamente a su alrededor. Pero unos y otros van a conformar la vida de nuestra ciudad. Con la presencia estática y vigilante de unos y la actividad permanente de los otros, en una acción integradora, se dará forma al quehacer de una capital que participa y se enorgullece, a la vez, de la grandiosidad de su patrimonio y de los afanes de sus vecinos.

En razón de esta simbiosis, vamos a intentar exponer cómo se desarrollaba la vida de los cordobeses en las centurias de la época moderna en un recinto limitado de la ciudad, como es su casco histórico, tomando como punto neurálgico y de referencia la collación de Santa María y sus aledaños, en donde no sólo se asientan sus edificios más representativos y emblemáticos, sino que el bullir de sus humildes casas, recoletas plazas y angostas callejuelas, va a constituir el crisol en donde se funda el verdadero espíritu de colectividad vecinal.

1. La vida cotidiana en el recinto histórico de la collación de Santa María y sus aledaños

En catorce distritos o circunscripciones se encuentra dividida Córdoba en la época moderna, coincidentes con los ámbitos parroquiales fernandinos. Dentro de estas collaciones destaca por su extensión y por abarcar dentro de sus límites y proximidades la mayor parte del recinto histórico declarado "Patrimonio de la Humanidad", la collación de Santa María, cuyo símbolo representativo, la Catedral, se yergue airosa y dominante, a la vez que extiende su sombra protectora, sobre el resto de los nobles edificios, residencias aristocráticas y la sencillez de sus viviendas, sirviendo como guía espiritual del pueblo cordobés, en cuya alma se halla enraizada la profunda fe de un catolicismo imperante en todas sus capas sociales.

Limitada al norte, según el trazado diseñado por el profesor Escobar Camacho, por la collación de Omnium Sanctorum, San Juan y Santo Domingo o Compañía, preservada por occidente y el sur por la muralla que corre paralela al río, mientras que al este es también la zona fortificada que se diseña desde Santo Domingo a la parte meridional de la Villa, la que se alza como elemento protector y de delimitación. Ello no obsta para que muchas de las calles de las collaciones linderas converjan hacia ese punto de referencia religioso que es su Iglesia Mayor, ya en este tiempo modificada y adaptada para el culto cristiano con la total oposición del cabildo de la Ciudad. Populosa barriada en donde sus más de dos mil vecinos se reparten con una destacada representación de la clase privilegiada. La abun-

dancia de casas nobiliarias dentro de su recinto, corre parejas con la proliferación de los clérigos con residencia en las calles cercanas a la catedral para hacer así más fácil la asistencia a los divinos oficios. El resto, yo diría, el gran resto, reparte su laborar diario en la humilde, y todavía calificada como vil, tarea artesanal y comercial.

Las auroras del amanecer van posando sus rosados dedos sobre los tejados de la collación de Santa María en un día cualquiera del largo período histórico de la Modernidad. Las campanas de su Iglesia Mayor llaman a los prebendados de su cabildo al rezo del coro. Dentro del recinto sagrado los fieles asistentes oyen las salmodias un tanto cansinas del rezo ordinario. Un día y otro se suceden las mismas entonaciones. Pero no siempre es así. La Iglesia solemniza sus celebraciones más destacadas, a las que acude el pueblo fiel convocado por el toque de campanas de todas las parroquias. Las fiestas del Corpus sirven de pretexto para el montaje de una parafernalia capaz de dejar atónitos y admirados a los asistentes y en donde los gremios de artesanos pugnan noblemente por destacar con sus representaciones.

Pero si grandiosas se pueden considerar estas demostraciones de fervor religioso, no con menos espectacularidad se presentan algunas fiestas de tipo civil en donde se pretende conseguir la sumisión del vecindario a los designios de la monarquía. Varias ceremonias de proclamaciones reales se celebran en nuestra ciudad con el acompañamiento del pueblo llano, comparsa imprescindible de estos actos y pagada su asistencia con el ofrecimiento posterior de corridas de toros y cañas, luminarias y fuegos de artificio. Imaginemos la comitiva salida de las casas del cabildo, encabezada por su corregidor y el alférez mayor, paseando por las calles de Córdoba, exornadas con las mejores galas, acompañados de toda la nobleza local en sus carruajes luciendo sus mejores prendas dirigiéndose a la catedral. Una vez bendecido el estandarte, caminan hacia la torre del Homenaje del Alcázar, desde donde se tremolará ante la nutrida concurrencia estacionada en el Campo Santo de los Mártires, salvado de profanaciones por el cronista Ambrosio de Morales.

El pueblo llano contemplará aquel Alcázar, primitivo emplazamiento del convento de San Agustín, que sirvió de estancia a los Reyes Católicos durante la guerra de Granada y en donde la reina Isabel parece dio las órdenes de prohibir la subida de las aguas del molino de la Albolafia y la abolición del derecho de gananciales de las mujeres "holgazanas" cordobesas. Aquel Alcázar cedido posteriormente para residencia del Santo Oficio y en cuyas mazmorras hubieron de soportar los conversos cordobeses el tormento de sus potros. A su lado, las Caballerizas Reales daban fe del reconocimiento de la calidad de los caballos cordobeses por unos reyes que, agradecidos, se permiten el lujo de levantar un edificio de tal categoría como el que, al menos, hasta hoy podemos contemplar.

En tanto la ceremonia de proclamación real finaliza, a las espaldas del castillo, el gran río discurre apaciblemente, mientras las gentes se desparraman por la Carrera del Puente. Un río, que en el caminar del día a día, va a participar activamente en el laborar permanente de su pueblo. Entornemos momentáneamente los ojos e imaginemos las recuas de acémilas dirigiéndose por el Peso del Trigo camino de los molinos harineros que, con sus azudas, daban vida a su cauce.

Martos, Albolafia, Alegría, Escalonias, Lope García, Alhadra..., nos llenan de recuerdos. Las muelas de estas aceñas son suficientes para el abastecimiento de pan de la población. En sus mismas azudas los cañales, dispuestos en canalizaciones preparadas, proporcionarán la pesca tan apreciada en tiempos cuaresmales. ¡Aquellos tan apreciados albures remontando su corriente y que dejaron de pescarse en la Córdoba del XVIII a causa de la construcción de la presa de Peñaflores...!

Junto al río, en sus orillas, también, los batanes con los pelaires, flor de la industria textil de las centurias del XVI y XVII cordobés. Una vez enfurtidos sus paños, los tundidores –remembranzas de calles cercanas a la Ribera– intentarán darles el acabado más perfecto. Sobre el río, la permanente navegación de barcos y barcazas en un continuo ir y venir de mercancías y maderas que fluyen y dan vida a la ciudad. Era necesario potenciar este medio de comunicación y a esa tarea se entregó en cuerpo y alma el cordobés Fernán Pérez de Oliva. Empero, a Sevilla nunca le interesó el proyecto.

Por la Puerta del Puente, entre la Aduana y el Peso del Trigo, a través de ese monumento de piedra que nos legaron los romanos, se producía un continuo e intermitente paso de viajeros y mercancías procedentes de la otra orilla, en donde la Calahorra servía de vigía y daba su consentimiento a esta invasión pacífica. Una y otra contemplaron, también, en esta época, a un Guadalquivir enfurecido cuyas crecidas sembraron la ruina del barrio del Espíritu Santo, destruyendo las azudas de los molinos y trayendo hambre y mortandad. Su San Rafael del puente, obra de Gómez del Río, va a constituirse en paño de lágrimas y refugio de creyentes en estos trances difíciles, especialmente de barqueros y pescadores, llenos de fe hacia su custodio.

Pero también el runruno diario de la actividad artesanal y comercial se va a notar latir en la franja comprendida entre la prolongación de la Carrera del Puente y la calle de la Feria, en donde las collaciones de Santa María y San Nicolás de la Axerquía confluyen en un conjunto de callejuelas entrecruzadas y laberínticas llenas de un movimiento febril. La calle de la Feria y el entorno del Potro serán los símbolos de esa actividad. Sus artesanos y comerciantes darán nombre a las vías en donde, desde la mañana a la noche, laborarán para ofrecer sus productos a los potenciales compradores alojados en los mesones dispersos en la zona. Caldereros, Portillo de los Mercaderes, Carniceros, Alfayates, Zapatería Vieja, Badanas, Badanilla, Arquillo de Calceteros, Alcaicería, Lineros, Vinagreros, Sillería, Espartería, Especieros, Carretas, Tundidores, Odreros..., son nombres de vías representativas de la actividad de los gremios que en ella se asientan, en donde las casas-tienda se levantan como símbolo de la simbiosis permanente vivienda-comercio. Los olores emanados de las faenas de los curtidores y del adobo y encubaje de aceitunas, formarán una indefinible mezcla con las voces de los mercaderes de caballos y mulos aposentados en el Potro.

Y junto a ellos, los mesones. Lugares de reposo del forasterío que trafica y deposita las mercancías a la espera de su venta y traslado. Los del Sol, la Paja, Alfalfa o Madona, la Madera, de las Trenas, Potro, Herradura y Rincón serán los más concurridos. Algunos con sus leyendas. Y durante la noche sus clientes se asomarán a la vecina Mancebía –también comercio, pero de la carne– con el fin de satisfacer los placeres corporales y olvidar un tanto la rutina diaria. Empero, la

noche suele ser traidora y las boticas asentadas junto a los mesones le ofrecerán el remedio con que enjugar los males contraídos.

Sin embargo, la calle de la Feria no fue únicamente lugar de mercado, sino también sitio de jolgorio y paso de comitivas y de celebraciones de fiestas de toros y cañas, contempladas por sus vecinos desde los ajimeces colgados sobre las murallas. Pero, la collación de Santa María y sus aledaños, al igual que el resto de la ciudad, no vive siempre de festejos y alegrías. La muerte ronda con demasiada frecuencia los hogares de los menos favorecidos. La falta de abastecimiento de pan, debido a las malas cosechas por circunstancias climatológicas adversas, las temibles "hambrunas", hacen presagiar terribles desenlaces. Ni la traída del trigo siciliano, ni la requisa del grano, ni la limosna repartida en las puertas de las casas del Obispo, ni la sopa boba de los conventos, podrán evitar los efectos de una carestía que se unirá inevitablemente al azote de las pestes y epidemias. Dos sentimientos afloran en esas especialísimas circunstancias en los componentes del pueblo cordobés. La solidaridad con el hermano contagiado y la rebeldía ante la injusticia de una mala administración.

El primero, según nos refieren las crónicas, se puso ostensiblemente de manifiesto en el contagio de la mitad del XVII, uno de los más terribles sufrido por la ciudad. Hacia el hospital de San Lázaro el Real, en donde se hacinaban los enfermos contagiados, se dirigió toda la ayuda del vecindario. La collación de Santa María, a similitud de todas las demás, rivalizó en la ayuda proporcionada con especial intervención de los prebendados, eclesiásticos, "labradores animosos y plateros ingeniosos", organizando una procesión con estandarte por guía y siguiéndole, según la descripción que nos ha dejado Martín de Córdoba, catorce carretas de leña gruesa "para el voraz fuego", dos cargas de romero y una tropa de caballos y mulos con 200 fanegas de trigo, 102 carneros, sesenta espuestas de naranjas, 228 gallinas, 14 tocinos, 24 fanegas de pan blanco, 44 espuestas de pasas, 6 arrobas de almendras, 3 de garbanzos, 2.188 huevos, 10 pilones de azúcar, 14 canastos de alhucema, 60 salvillas con 3.000 bizcochos, hilas, vendas, cabezales, camisas y pomos de agua de olor, cerrando la comitiva 20 nazarenos y 100 ciudadanos con hachas encendidas acompañando a un crucifijo.

Cuando se publicó la salud, con las consiguientes solemnidades, no cesó el hambre, y el pueblo llano, al límite de la resistencia física, se subleva al grito de *¡Viva el rey y muera el mal gobierno!*, protagonizando uno de los movimientos de rebelión más sonados en nuestra capital, fruto del levantamiento de un pueblo que, habiendo sido siempre fiel, se subleva ante una situación de carencias materiales.

En fin, esta es la perspectiva que ofrece el vecindario cordobés, habitante del recinto histórico, durante las centurias centrales de la Modernidad. Sus hombres, en el quehacer diario, seguían avizorando las sombras de sus monumentos, vigilantes anónimos de la cotidianeidad, con el sentido reverencial de quien se muestra responsable de su pervivencia.